

Idealismo y naturalismo en literatura

Manuel Delgado
1886-6
Páginas 22-27

DISCURSO DEL DR. D. MANUEL DELGADO, Ministro de Relaciones Exteriores, Justicia y Cultos, en el acto de su recepción como Socio Activo de la “Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador, el día 14 de Octubre de 1858.

Señores:

A la benevolencia de los miembros de la “Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador”, más que á mis propios merecimientos, que son en verdad insignificantes, debo la honra de haber sido electo socio activo de esta naciente y simpática asociación. Yo he aceptado ese nombramiento no solo con gratitud, sinó con verdadero gusto, porque si bien es cierto que no podré traer á mis nuevos colegas el concurso de claras luces ni de grandes aptitudes en ninguno de los ramos de la Literatura y de las Ciencias, también lo es que procuraré contribuir con toda la energía de mi voluntad á la realización de los altos y patrióticos fines que la Academia se propone alcanzar.

Altos y patrióticos fines en realidad, señores; porque en el lustre y progreso de las Ciencias y de las Bellas Letras se cifran el buen nombre, la gloria imperecedera y el positivo engrandecimiento de los Estados. Las mudanzas, las profundas transformaciones que el trascurso del tiempo ha operado en la gran familia humana, han hecho

que desaparezcan completamente de la faz de la tierra soberbios y poderosos imperios, pueblos viriles y emprendedores que en épocas remotas llenaron el mundo con sus hechos y lo asombraron con su fama. Entre estos pueblos, apenas si conservamos vaga y confusa memoria de aquellos que se contentaron con las hazañas de la fuerza y solo monumentos materiales nos dejaron. En cambio Grecia y Roma; las dos señoras del Mundo antiguo, viven y vivirán en la memoria de los hombres con inmortales y palpitanes recuerdos. Los nombres de sus poetas, de sus oradores, de sus filósofos, de sus legisladores, se seguirán conservando, como hasta ahora, de generación en generación; y aquellos incomparables literatos y sabios eximios servirán de Mentores y de ejemplo á la humanidad mientras el mundo sea mundo.

Por eso yo, señores, os lo repito, ingreso con verdadera satisfacción en una sociedad que se propone trabajar con ahinco por la gloria científica y literaria del Salvador. Y al cumplir con el deber de pronunciar un discurso en el acto de mi re-

cepción, me he determinado á elegir, entre los innumerables temas que me ofrecía el vastísimo programa de la Academia, un asunto literario de alta importancia y que tiene además un interés de actualidad: quiero hablaros del idealismo y del naturalismo en las obras literarias. Acometo mi tarea con el natural temor de encontrarla superior á mis fuerzas; pero alentado al mismo tiempo con la esperanza de que no me negaréis vuestra indulgente consideración.

Vieja querella, señores, es la que se ha venido manteniendo entre los que pretenden que las obras de arte no pueden ser buenas sinó cuando son una copia fiel y rigurosamente exacta de la naturaleza, y los que sostienen que al artista, con tal que se mantenga dentro de los límites de lo verdadero ó de lo verosímil, debe dejársele cierta libertad para que pueda embellecer sus producciones, exornándolas con aquellos primores y atavíos que no siempre podemos encontrar en la monótoma, descarnada y prosáica realidad tangible. A los que afirman esto último se les ha dado el nombre de idealistas, y á los primeros el de realistas ó naturalistas.

En lo que á las producciones literarias se refiere, la antigua desavenencia entre ambas escuelas rivales ha venido á recrudecerse en estos últimos tiempos con el apareamiento en la capital de Francia de una nueva secta naturalista, acaudillada por un hombre de vasto

talento y vigoroso ingenio, dotado además de rara perseverancia y de aquella fuerza de voluntad indomable que sostiene á cuantos están destinados é llevar á buen término sus propósitos ó sus empresas. Ya habréis comprendido que me refiero á Mr. Emilio Zola, al celeberrimo autor de los Rougon-Macquart. Este notable y valeroso escritor ha levantado con osadía la bandera del moderno naturalismo; ha trabajado y luchado con tesón verdaderamente admirable; ha combatido con brío y denuedo contra todos los que han querido ponérsele por delante; ha perseguido con tenaz encarnizamiento á los adversarios de su doctrina, descargándoles sin cesar golpes formidables; se ha rodeado de amigos y discípulos numerosos, inteligentes y decididos, y ha triunfado al fin, conquistando como por asalto la admiración y el aplauso de las muchedumbres. Las relevantes dotes del jefe del naturalismo francés, así como la circunstancia de que este movimiento literario se esté efectuando en París, considerado con razón como el centro del mundo civilizado, han sido causa de que las nuevas doctrinas literarias tengan alta resonancia y grave trascendencia en la literatura de todos los países.

Pero ¿en qué consiste el naturalismo de Mr. Zola? ¿Es el antiguo realismo con otro nombre, ó se trata de un procedimiento literario verdaderamente nuevo y original? Esto es lo que desde luego conviene dejar bien establecido.

Los principios de la escuela naturalista pueden aplicarse á toda clase de composiciones literarias; pero donde campean con más libertad y amplitud es en la novela, género de literatura que en los tiempos que alcanzamos ha llegado á adquirir una importancia inmensa, y en el cual el autor de *UAssommoir* ha llevado á la práctica sus teorías estéticas, enseñando con el ejemplo su manera especial de concebir y entender la perfección á que puede aspirarse en las obras literarias.

Para Mr. Zola el novelista debe ser ante todo y sobre todo un observador: debe estudiar atenta y cuidadosamente al hombre en todas las clases y en todos los medios sociales: ha de seguirlo paso á paso en el natural desenvolvimiento de su carácter, de sus inclinaciones, de sus gustos, sus vicios, sus hábitos y sus pasiones: debe estudiar escrupulosamente su manera de hablar y de conducirse en las diversas circunstancias, peripecias y conflictos de la vida; y una vez que lo tenga bien estudiado y conocido, una vez que, por decirlo así, se lo haya aprendido de memoria, lo ha de pintar tal cual es, sin atenuaciones ni exageraciones, con tan nimia propiedad y tan cabal exactitud, que cualquiera conozca fácilmente que no es una creación de la fantasía, sino una persona real, de esas con que nos codeamos á cada paso y que todos podemos encontrar á la vuelta de cualquiera esquina.

Esto en cuanto á los personajes de la novela de este género. El plan debe, ser lo más natural y sencillo que pueda imaginarse, sin mucho enredo, sin enmarañadas complicaciones ni extrañas aventuras, sin otras casualidades que las que suelen presentarse en el curso ordinario de la vida.

Las escenas de la obra han de irse sucediendo sin esfuerzo las unas á las otras, casi sin más trabazón que la que lógicamente resulte del carácter, de las pasiones ó de los caprichos del héroe ó personaje principal que el escritor se haya propuesto estudiar y analizar.

Hasta aquí, señores, las doctrinas del moderno naturalismo en nada se diferencian de las que profesa el antiguo realismo. Mr. Zola, sin embargo, parece que quiere algo más: á lo que yo entiendo, el sistema del afamado autor de *Nana* no es otra cosa que una aplicación especial de las teorías realistas. Si hemos de juzgar por el carácter general de las obras de Mr. Zola; si nos atenemos, sobre todo, á la naturaleza y tendencia especial de las novelas que más renombre y popularidad le han valido, lo que el jefe del naturalismo quiere es que se haga un estudio preferente del vicio, de los malos hábitos, de las pasiones malsanas, y que de este estudio se saquen los materiales que han de servir para la formación de la buena novela naturalista. El escritor que á esta escuela pertenezca, ha de levantar con atrevida

mano el velo que cubre ciertas llagas sociales, y mostrarlas en toda su fealdad, en toda su horrible y asquerosa desnudez, á fin de causar una saludable impresión de repugnancia y desvío.

Siguiendo los preceptos y el ejemplo del maestro, el novelista de la moderna escuela ha de frecuentar las tabernas, los garitos, los mercados, los lavaderos públicos, las mancebías, los lugares más inmundos é infectos; ha de observar con curiosa y atenta mirada las escenas de intemperancia, de ávida codicia, de impudor, de desvergüenza, de violencia y de infamia que en aquellos lugares se realizan, y ha de anotar escrupulosamente las expresiones que forman el lenguaje peculiar de los tahures, los ebrios de profesión, las verduleras y las mujeres públicas; y luego, una vez enriquecido con este caudal de observaciones naturalistas, debe trasladar fielmente al papel todo cuanto haya visto y oído, trazando cuadros animados de la vida real y cotidiana, en que pululen y se codeen libertinos y mujerzuelas de todo linaje, procediendo y hablando como proceden y hablan los modelos que el escritor haya tenido á la vista.

Nada de miedos ni de escrúpulos monjiles: píntense las cosas tales como son en sí, sin rodeos ni cobardes reticencias; hágase aparecer la verdad entera y desnuda, por asquerosa y repugnante que en ciertos casos nos parezca, y si el au-

tor está dotado de verdadero talento, se tendrá una excelente novela según las leyes del moderno naturalismo.

El prototipo de las novelas de este género debe causar en el ánimo del lector una impresión semejante á la que experimentamos al encontrarnos en una de esas galerías de cuadros patológicos, en que se ven pintadas á lo vivo todas las erupciones, ulceraciones, excrecencias, tumefacciones y deformaciones horrosas producidas en el cuerpo humano por cierto virus que inficiona la sangre y gradualmente la descompone. El efecto que semejantes cuadros nos producen, es el deseo inmediato, irresistible de apartar de ellos la mirada. La lectura de la buena novela naturalista debe producirnos igual sentimiento de repulsión respecto de las enfermedades morales que en ellas se describan.

Pero la novela, señores, es una obra de arte, y como tal su fin principal es y debe ser la creación de la belleza. Apartarla completamente de este fin, y destinarla á otros objetos más propios del moralista ó del médico que del artista, es desnaturalizarla de la manera más lastimosa. No seré yo quien niegue que el artista, sobre todo en estos, tiempos en que el maravilloso progreso y la gran difusión de las ciencias han traído nuevas necesidades al espíritu, puede proponerse en sus inspiraciones otros fines que no sean pura y simplemente la

producción de lo bello; pero ha de ser con la precisa condición de que todos estos fines secundarios obedezcan y se subordinen al objeto primordial de toda creación artística. De lo contrario se podrá haber dado vida á una obra cualquiera, buena ó mala en su género; pero no se podrá tener la pretensión de haber hecho una obra de arte. De aquí, señores, la penosa impresión que recibimos al leer una de esas novelas modernas en que advertimos que el autor se preocupa de todo, menos del ideal que el poeta debe perseguir cuando reviste de formas sensibles los sueños y las creaciones de su imaginación.

Yo de mí sé decirlo que cuando me decidí á formar juicio por mí mismo de las obras de la flamante escuela naturalista, con frecuencia sentía la necesidad imperiosa de cerrar el libro, para tomar aliento y descansar algunos instantes. No era aquello un entretenimiento, sino un estudio que tenía muy poco de agradable. Y á muchas personas de buen gusto en materias literarias les he oído decir que la lectura de aquellas obras les ha causado un efecto semejante.

Esto, señores, se explica fácilmente. Los corazones de veinte años no pueden menos de sentirse lastimados en sus más bellas y caras ilusiones, en sus impulsos más nobles y generosos y en sus esperanzas más acariciadas, con el frío é implacable análisis, con las narraciones descarnadas y desalentado-

ras de la novela naturalista. La juventud, de suyo poética y soñadora, tiene que rechazar instintivamente el extremado prosaísmo de los escritores que pertenecen á la escuela del autor de la Carée. Y en cuanto á los que hemos tenido ya el sentimiento de exclamar con el dulce poeta de Bayamo:

¡Juventud!

Con qué rauda prontitud

De mi horizonte te vas,

Para no volver jamás!

Los que hemos adelantado largo trecho en el áspero sendero de la vida, y comenzamos á sentir cansancio por la jornada que hemos rendido, al mismo tiempo que inquietud y angustiosa expectativa por lo desconocido que nos espera en la parte que aún tenemos que recorrer; los que hemos podido disfrutar de algunas satisfacciones y de algunos momentos de felicidad relativa, pero también hemos aprendido á conocer, por dolorosa experiencia, los desencantos y peligros á que nos exponen la confianza ingenua, el dulce abandono ó los entusiasmos irreflexivos de la edad juvenil; los que ya comenzamos á tener canas y algún conocimiento del mundo, lo que buscamos en las obras de imaginación es algo que nos refresque, nos fortifique y nos aliente; algo que, siquiera por algunos momentos, nos haga olvidarnos de las pequeñeces, miserias, cuida-

dos y desazones de la existencia cotidiana, y nos transporte en alas de la imaginación á los días venturosos en que nos embriagábamos con las alegrías, los colores, los perfumes y los cantos de la hermosa cuanto fugaz primavera de la vida, Pero, si en vez de hallar esto, nos encontramos con que el autor se complace en describirnos un mundo peor que el que nos ha herido con la espina de sus amargas decepciones, ¿qué mucho que dejemos el libro á un lado, y prefiramos ir á buscar solaz y esparcimiento en la vida real, donde siquiera seremos libres para elegir á las personas cuyo trato se avenga más con nuestro humor ó nuestros gustos?

La escuela idealista, señores, proclama también el estudio y la imitación de la naturaleza, de la naturaleza siempre bella en su fecundidad y variedad inagotables; aconseja que se procure conocer á fondo los secretos y las pasiones del corazón humano; quiere que haya exactitud y consecuencia en la pintura de los caracteres, verdad, sencillez y naturalidad en la expresión de las ideas y de los afectos. Pero así como no querría que el pintor se convirtiese en una simple máquina fotográfica, así tampoco pretende encerrar al poeta en los estrechos moldes de la realidad sensible.

Tengo para mí que el defecto capital de la doctrina naturalista, tal como la entienden y la practican Mr. Zola y sus adeptos, consiste en que la copia servil de la prosaica

realidad, ó de realidades algo peor que prosáicas, sería la muerte irremediable de toda poesía. Por eso creo yo que el triunfo del naturalismo en la novela, que por su naturaleza es una obra poética, que es la poesía del hogar, como ha dicho un eminente poeta francés de este siglo, no puede ser un triunfo duradero ni mucho menos definitivo.

Desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, todos los grandes poetas han sido también grandes idealistas. El Mahabarata y el Ramayana, estas dos grandiosas epopeyas de la India primitiva, los cantos épicos más antiguos de que se tenga noticia, son modelos acabados de idealidad poética. Homero, Píndaro, Eurípides, Esquilo, Sófocles, Menandro y toda la brillante pléyade de poetas helenos; Virgilio, Lucano, Horacio, Plauto, Terencio y cuantos en el Lacio cultivaron con éxito la gaya ciencia; el Dante, el Tasso, Ariosto y Petrarca; Milton y Shakespeare; Klopstock; Camoens; Calderón, Lope de Vega y Cervantes; Corneille, Racini, Moliere y Voltaire; y en los tiempos modernos Manzoni, Álfieri, Leopardi, Lord Byron, Schiller, Goethe, Lamartine y Hugo; todos han bebido su inspiración en las fuentes del más puro idealismo: ninguno de ellos ha ido á buscar en la copia exacta de la grosera realidad el secreto de las magníficas creaciones con que han sabido cautivar para siempre la admiración del mundo entero.

¡Y qué diferencia, señores, entre la impresión producida por las obras inspiradas en el idealismo, y la que causan las producciones más celebradas de la escuela naturalista!

Cuando leo, por ejemplo, los amores de Nala y Damayanti en el Mahabarata; la despedida de Héctor y Andrómaca en la Iliada; la muerte de Príamo ó las lamentaciones amorosas de Dido en la Eneida; la escena del beso entre Francisca y Paolo en la Divina Comedia; la del balcón en Romeo y Julieta; los coloquios de Adán y Eva inocentes en el Paraíso Perdido; un capítulo del Quijote; las escenas entre Renato, Alan y Georgina en el Noventa y Tres, ó cualquiera otro pasaje análogo de las obras de los grandes poetas antiguos y modernos, siento el deseo irresistible de repetir una y otra vez tan deleitosa lectura, y mientras más leo aquellas páginas inmortales, más y más me siento penetrado por el poderoso encanto que de ella se desprende, como el perfume de una flor siempre fresca y eternamente fragante y bella. Por el contrario, cuando he tenido que leer las escandalosas aventuras de Nana ó los incestuosos y prosaicos amores de Máximo y Renée en la Carée, no he sentido otro deseo que el de suspender la lectura, ó el de terminarla cuanto antes, para librarme de aquella especie de pesadilla literaria.

Permitidme, señores, que por medio de un símil procure explicar gráficamente la diversa impresión

que en mi ánimo produce la lectura de las obras de uno y otro género. Cada vez que penetro en la sala de algún hospital, por arreglada y limpia que la encuentre, siento cierto malestar, cierta opresión que aumenta á cada paso que doy hacia adelante, y, desde que traspaso el umbral, me asalta el deseo, que aumenta á cada instante, de salir y dilatar los pulmones respirando un aire más puro. Y cuando algunas veces he descendido la cuesta de Jiboa, y á la vuelta de un recodo del camino, se me ha presentado de improviso aquel valle de maravillosa hermosura que allí se extiende á los piés del asombrado viajero ; y he visto en el fondo, allá á lo lejos, erguirse en la transparencia de la atmósfera la enhiesta y majestuosa mole del volcán de San Vicente, que dilata en semicírculo inmenso sus ubérrimas faldas, cubiertas por la mano del labrador de cuadros de diferentes matices, y salpicadas aquí y allá por el verde oscuro de espesas arboledas; cuando he contemplado, os digo, aquel indescriptible paisaje, el más bello quizá de nuestras exuberante naturaleza, á la irisada luz de una de esas magníficas puestas de sol que solo se pueden ver en nuestro incomparable cielo tropical; he detenido instintivamente el paso, y me he quedado sumido en delicioso arrobamiento, y el tiempo ha volado sin que yo lo haya sentido volar. Pues bien, la lectura de las obras maestras de los grandes escritores idealistas me produce una impresión semejante á la que me ha causado la contemplación de aquel

bellísimo panorama; y la de ciertas obras naturalistas, principalmente cuando no las abona el gran talento del maestro, me ha hecho experimentar una opresión parecida á la que siento cuando me veo encerrado entre las cuatro paredes de la sala de un hospital.

¡Ah! señores, no hay que dudarlos: el idealismo ensancha é ilumina los horizontes del arte, y el naturalismo los oscurece y los reduce á límites muy estrechos : el primero eleva el alma, la dignifica y la engrandece, haciéndonos vislumbrar el arquetipo de perfección y hermosura que es y será el anhelo constante, la desesperación eterna de cuantos se sienten enamorados de lo bello, y el segundo la rebaja y la empequeñece, obligándonos á la contemplación incesante de las miserias, fealdades é imperfecciones de la mezquina realidad : aquel nos hace soñar con Beatriz, Laura, Ofelia y Margarita, y éste nos hace pensar en Mesalina, la gorda Nana y la indolente Renée : el uno es la idea radiante levantando su vuelo

sobre las impurezas de la materia, y el otro el torpe materialismo apagando con su helado aliento los arrebatos del corazón y de la inteligencia.

El naturalismo, por fortuna, no ha ejercido todavía ninguna influencia en nuestra naciente literatura, que casi está reducida al cultivo de la poesía lírica ; pero como no dudo que el afán de progreso que nos empuja hacia adelante ha de alcanzar á la literatura, y como además tengo fé en que la Academia que hoy me honra recibíendome en su seno, ha de contribuir poderosamente á apresurar el florecimiento de las Letras salvadoreñas, concluyo, señores, este desaliñado discurso haciendo votos porque nuestros jóvenes escritores, en cuyas manos está la gloria literaria de nuestra querida patria, se inspiren siempre en los bellísimos modelos que les ofrece la Literatura idealista de todos los países y de todos los tiempos.

He dicho.